

*llanto, el que tiemble en los ajenos párpados,
y mis labios,
los latidos de cuantos corazones
palpitan en los orbes infinitos!»
Cada día que pase, has de decirte:
«¡Hoy he nacido!»*

Internado ya en la senda simbólica, en que su corazón se abre progresivamente a la nueva ley que de él se ha enseñoreado, su ascensión será constante, tal la del mancebo que nos presenta Longfellow en su poema *Excelsior*, retando con un altivo «¡más allá! ¡más arriba!» cada obstáculo que pretende detenerlo.

En una conferencia en que Wu-Tin-Fang, docto Ministro de China en los Estados Unidos, expuso admirablemente, hace algunos años, ante la Sociedad de Cultura Etica de Nueva York, las doctrinas de Confucio, comparaba las enseñanzas de Jesucristo con las del filósofo oriental en lo que al perdón de las ofensas se refiere. «Amad a vuestros enemigos», dice Jesús; «no hagáis resistencia al agravio; antes, si alguno te hiere en la mejilla derecha, vuélvele también la otra»; mientras que Confucio se limita a declarar que debemos corresponder con bondad a las bondades, y con justicia, quiere decir, sin rencor, a las injurias. Observaba el conferencista que la doctrina de Jesucristo no es aplicable al estado social en que vivimos, y aun en cierto modo puede reputarse de nociva, porque quien causa daño es un sujeto peligroso, que debe ser prudentemente recluido, en vez de estimularlo, por la falta de represión, a que reincida.

Desde un punto de vista puramente humano, e interpretando literalmente las palabras del Maestro en la versión que de ellas conocemos, tendrá tal vez razón el letrado chino. Entiendo, sin embargo, que lo que Jesús predicaba era la infecundidad de la venganza; que más noble que la justicia inflexible que condena, es la piedad misericordiosa que perdona. Por ello, antes que las sesudas consideraciones del Ministro chino, mueven mi corazón estos sentidos versos de Nervo:

*¡Si una espina me hiere, me aparto de la espina
pero no la aborrezco!*

*Cuando la mezquinidad
envidiosa en mí clava los dardos de su inquina,
esquívase en silencio mi planta, y se encamina,
hacia más puro ambiente de amor y caridad.*

*¡Rencores! ¡De qué sirven! ¡Qué logran los rencores!
Ni restañan heridas, ni corrigen el mal.
Mi rosa tiene apenas tiempo para dar flores
y no prodiga saviás en pinchos punzadores.
Si pasa mi enemigo cerca de mi rosa,
se llevará las rosas de más sutil esencia,
y si notare en ellas algún rojo vivaz,
¡será el de aquella sangre que su malevolencia
de ayer vertió al herirme con encono y violencia
y que el rosa devuelve, trocada en flor de paz!*

Con frecuencia se pronuncian frases desdeñosas contra el arte por el arte, contra la poesía que en sí misma busca y colma sus propósitos, o, en otras palabras, que reconoce como supremo canon la belleza. Hay en la obra de Nervo tan espléndida prodigalidad de pensamiento e intenciones, que aun los aristarcos más severos no podrían tacharla como frívola. Pero para mí tengo que, independientemente de las tesis de sus versos, y aun en aquellos que inspira un puro fin estético, realizó Nervo labor valiosa por la prístina distinción y el singular donaire de su forma.

Todas sus estrofas nos ponen en comunión con la belleza, y basta ello solo para consagrarle entre los maestros de espiritualidad en nuestras letras. ¿Necesita acaso la poesía enseñar como un dómene, o empuñar las férulas de ceñudo moralista, ser docente o parenética, para constituir el más preciado de los dones que debemos a la munificencia de los dioses? ¿Por ventura no fué siempre la belleza generadora ubérrima de valientes determinaciones y gallardos sentimientos? ¿No tuvo, desde que existen hombres capaces de levantar los ojos a la majestad de lo infinito, el seráfico atributo de calmar nuestras ansias y dolores?

Una noche del pasado diciembre me pidió un distinguido compañero que le ayudase a examinar unos ejercicios de sus numerosos alumnos de literatura española, que forzosamente debían estar calificados en la mañana siguiente. Comenzamos la monótona tarea al caer de la tarde, después de haber trabajado intensamente durante el día en nuestras ocupaciones habituales, y empezaba a amanecer cuando nos levantamos de nuestros escritorios, con la fatiga intelectual y el quebrantamiento físico que una noche de labor de tal especie produce inevitablemente, en quienes no cuentan ya con las reservas de la juventud, que todo lo soportan. Pero al abrir la puerta del aula donde habíamos estado encerrados cerca de doce horas, sentimos que una súbita transformación se producía en nosotros. Enfrente, en el azul pá-

lido del horizonte, como un diamante inmenso, resplandecía el lucero de la mañana. Era una ascua de bullente plata, caída al parecer, sobre el manto del cielo, de la diadema de la noche fugitiva. Nos quedamos absortos contemplando aquel prodigio, y diríase que al contacto de los flecos de luz que con la suavidad de una caricia nos bañaban, un vigor sobrehumano se difundía en nuestra sangre.

Estarán tal vez en lo cierto los que afirman que somos apenas un fortuito agregado de átomos, que por la sola alquimia de su armónico funcionamiento producen una alma perecedera, como producen las flores su perfume, que con ellas se extingue; y no será así la muerte sino un sueño bienhechor en que se duermen para siempre las angustias y las exaltaciones que agitan la existencia. Más aún si es ésta nuestra única morada, debemos rendir tributo fervoroso a cuanto la sublima, y ofrendar sin reservas nuestra reverencia a los videntes que interpretan con optimismo alentador los ignotos enigmas del destino; que por el sortilegio de su arte suscitan en nosotros piadosas ilusiones y nobles entusiasmos; que, como Nervo, deleitan y dignifican nuestra vida con sus cantos melodiosos de bondad, de amor y de esperanza.

Ernesto Martín

México, marzo 1928.

Lenguas de fuego...

(A Moises Vincenzi)

Mientras las amarillas
lenguas del fuego lamen
los ladrillos... yo pienso...
El viento
abofetea los cristales,
y salta ebrio
por sobre los tejados.
El viento
escribe poemas de violencia.
(Tórtola Valencia
fué lengua de plata
en mi infancia)
Corta el aire
tremendo y pagano
un aeroplano.
(Este aparato
es ya una necesidad
en la poesía novísima:
aquí lo pongo porque es realidad)
Yo que pude ser aviador
y antaño bucanero
estoy pensando y escribiendo
junto al fuego...
El frío es un estilete
de acero.
Aquí estoy solo y fuerte,
no quiero amor, odio ni vino,
ni vida ni muerte...
Sólo quiero estar y ser...
Todo esto ¿no os divierte?
El fuego, yo, el aeroplano,
el papel y la pluma:
la vida es en verdad
una monumental necedad.
Vamos a ver ¿para quién
escribo yo estos poemas?
¿Para una señora en cinta,
para un cura o un barbero?
¿Acaso para un cubista
ignorantón palabrero?
¡Qué me importa!
Yo escribo lo que pienso;
lo demás no vale gran cosa.
¿Y es esto pensamiento?
¿O son sólo asociaciones?
¿Incoherencias?

¿Qué es pensamiento?
¿Qué asociación?
¿Qué incoherencia?
Sólo yo soy yo,
el libro papel es
y el fuego fuego.
¿Porqué no hacen versos
el asno y el perro?
El asno sería un creacionista
soberbio. Tiene medio creador
kilométrico.
El perro que lame los pies del amo
imitaría los versos
del parnaso peruano,
o del chileno,
en que escritores y ostiones
hacen madrigales al tirano.
(En vez de ostiones
ponga el lector intuitivo
otro vocablo más expresivo).
En este momento
se hace más sonoro
el viento...
Yo pienso...
Lenguas de diamante
las llamas
me hacen pensar
en Juana de Ibar-
bourou. Menos mal
que no pienso en G. Mistral.
Esta manera de escribir
es demasiado elemental.
Hace ya rato
que soy menos hombre que
[literato].
Pasa un Cadillac
negro y atronador por el camino,
una mujer rubia
llena de pieles guía.
¡Oh, maravillosa alegría!
Yo sacaré mi Packard
y en vez de hacer versos
y pegarlos con goma
iré a cortar los vientos
a sesenta millas por hora.

Arturo Torres Rioseco